

EL RINCÓN DE VÍKTOR

EL SIETE DEL SPORT TEAM JEYMA

Lunes, 14 de Julio de 2008

LA BARCA DE CARONTE. VIGESIMOPRIMER CAPITULO. EN EL MONASTERIO.

Ya casi lo había conseguido. Llevaba allí desde las cinco de la tarde y estaba desesperado, pues no lograba encontrar las ruinas del monasterio de San Benito (*) de Valbuena. En ellas quería escudriñar para encontrar unos restos que según algunos manuscritos que maneje en el archivo histórico de Toledo podían resultar importantes.

Valbuena, al sur de Cantabria, está a los pies de la cordillera cantábrica. El lugar es muy frío. Además, poco después de poner pie en tierra, comenzó a nevar copiosamente. Yo intenté combatir el frío buscando alguna taberna o algún sitio para cobijarme. Los bloques de casas que se apiñaban en torno a la estrecha y empedrada calle central contribuían a aumentar el frío intenso que estaba penetrándome. Me daba la sensación de estar caminando sobre un pueblo abandonado. Según la guía de carreteras, Valbuena contaba con unos mil quinientos habitantes. La cortina de nieve me impedía contemplar el horizonte por completo. No sé hacia donde caminé, ni estoy seguro del tiempo que lo estuve haciendo. Llegó el momento en que a mi alrededor sólo veía el color blanco de la nieve. Y ya no pude distinguir si pisaba sobre empedrado, sobre tierra, sobre hierba, o no sé muy bien qué. En un instante comprobé que algo se movía, se agitaba frente a mí. Era algo muy negro, incluso podría afirmar que emitía luz negra. Al menos esa fue la sensación que tuve.

Quise dirigirme en esa dirección buscando no sé muy bien qué. Yo quería llegar como fuera al monasterio. Era consciente de que estaba enclavado en una cueva subiendo el Monte Ayala, a unos 1500 metros de altura. Y sabía que desde al menos la época de Madoz, en 1855, los benedictinos habían abandonado el monasterio. Ese resplandor se hacía cada vez menos visible, posiblemente porque arreciaba la nevada. Pero no cejé en mi empeño de seguirle seguramente porque no había otra opción. Durante el camino notaba cómo mis pulmones comenzaban a trabajar a marchas forzadas. Estaba ascendiendo un camino que no veía y que no sabía hasta donde podía llegar. Era consciente de que me encontraba muy alejado del pueblo, pero no me atreví a volver. No sabía cómo volver. Las huellas que podría haber dejado por el camino seguramente ya no estarían allí cuando volviera. De nuevo la intensidad del negro volvió a fortalecerse. Poco después dejó de nevar, casi de golpe, como si alguien estuviera controlando la nevada. Unos centenares de metros arriba aparecía majestuoso, el enorme monasterio. No había senda ni camino. Había caminado campo a través. Sin haberlo pretendido, siguiendo esa estela negra en mitad del paisaje blanco que me rodeaba había llegado hacia donde pretendía. Creía en mi suerte.

El manuscrito hablaba de un cofre que perteneció a la Orden de Santiago y que habían sepultado bajo el recinto sagrado de San Benito de Valbuena. Yo imaginaba que era un tesoro importante y podría ganar un dinero casi asegurado. Nadie sabía seguramente lo que allí se guardaba. Pero el que lo sabía era yo.

No me había dado cuenta, pero la noche entraba de puntillas, como queriendo pasar desapercibida. Yo tenía un mapa en la mano que había quedado inservible y la mochila con todas mis cosas se había quedado en el coche. Decidí avanzar sin medios, pues por lo menos quería inspeccionar qué era lo que allí quedaba del monasterio. La parte exterior apenas resistía en pie. La mayor parte del mismo estaba horadada en la montaña. Cuando penetré en el monasterio ya había caído la noche por completo. No veía absolutamente nada. Pero alguien debía estar allí, a juzgar por los gritos, muy débiles, que se deslizaban suavemente sobre mis oídos. Seguía sin ver nada. No había nada, pues sin luz todo es percibido como nada. A mi me pareció andar casi un kilómetro, aunque puede que solo avanzase unos metros. Los gritos fueron creciendo en intensidad. Eran gritos de dolor, de sufrimiento, lloros, lamentos, muy desagradable. Tuve el palpito de que algo no precisamente bueno estaba ocurriendo allí.

Cuando me quise dar cuenta, los gritos de dolor me atravesaban los oídos. Miraba hacia un lado, hacia el otro, arriba, a mis pies, pero nada. No veía nada. Cuando quise darme la vuelta, ya no podía. Ahora ya comenzaba a sentir miedo. Yo ya no era el mismo. Rodeado de oscuridad, con mucho frío, no sabía si los sonidos que me envolvían eran reales o me estaba jugando una mala pasada mi subconsciente. En ese momento, a uno le surgen ideas de la nada, quizá debido al instinto de supervivencia. Recordé que llevaba un mechero en el bolsillo del pantalón y pude tropezar con un trozo de lo que parecía madera. Como pude incendié el trozo y pude ver la gran estancia donde me encontraba: una especie de vestíbulo. No había nadie, pero los gritos conseguían acongojarme. Al acercar mi oído a la pared, noté un fuerte pinchazo en la oreja. Cuando pasé mis dedos sobre ella, se mancharon de sangre. Había recibido un mordisco muy fuerte. Algo que no sabía muy bien cómo definir me impulsaba a seguir adentrándome en la atrayente oscuridad. Mi cabeza me decía que lo mejor sería intentar volver, pero allí parecía no haber nadie. No tendría nada que temer.

No sé en qué estancia me encontraba, pero vi un pasillo formado por dos filas de velones rojos en el centro de la habitación. A ambos lados pude contemplar la aparición de una especie de holograma, de proyección, que me pareció bastante real. Lo que mis ojos veían era terrorífico. A mi izquierda había decenas de personas que estaban cortadas a la altura del abdomen e iban arrastrando sus tripas por el suelo. Algunos luchaban por comerse las vísceras de los demás. Mi estómago no aguantó más y vomité. A la derecha, un profundo barranco colmado de sangre donde flotaban miles de cabezas y miembros mutilados. Al sonido, ahora se le unió una fuerte pestilencia que apenas dejaba respirar.

Caminé a través de las dos filas de velones rojos. Tras ellas se abría otra estancia, ésta muy estrecha en comparación con la anterior. Entonces pude ver y sentir el tacto de miles de manos que surgían del interior de las paredes y algunas me arañaban y pellizcaban con fuerza. Al final creía salir a un patio interior, pero todo aquello me hizo dudar si en realidad se trataba de otra habitación. En el centro, una jauría de enormes caninos, muy negros (aunque sus afilados colmillos brillaban entre la oscuridad) estaban despedazando y comiendo a decenas de personas que permanecían fijadas al suelo con grilletes.

En otra de las estancias pude comprobar con la lúgubre iluminación que me acompañaba cómo varios hombres estaban sentados en torno a una mesa. En los platos, estos hombres degustaban sus propias entrañas. Al fondo, en un

pequeño cuarto al que no entré, pude percibir cómo un hombre enorme fustigaba con enorme látigo a decenas de bebés que colgaban del techo atados por sus manos.

En lo que, a mi parecer, era la cocina pude ver cómo unas sirvientas ponían encima de una larga y ancha mesa enormes calderas de porquería que era comida con gran ansia por todos los comensales, enormes hombres corpulentos. Al fondo, quizá en otra habitación, comprobé a duras penas a una serie de mujeres que tenían los pechos arrancados de cuajo y sangraban abundantemente mientras permanecían atadas a la pared.

Finalmente, quizás en la sala capitular, había cuatro cirios negros de gran tamaño. En el altar manchado no sé de qué había alguien sentado. Entonces me di cuenta que quien estaba sentado era la misma mancha que percibí horas antes entre la blancura de la nieve. Aquello cobraba forma conforme me acercaba hacia el altar. Finalmente me quedé frente a aquello, estaba sobre mí, a apenas medio metro. Era un hábito negro de monje, no sabría decir de qué orden. Me habló. Me dijo con una voz desagradable que espero no volver a escuchar nunca más:

“La oscuridad puede resultar más luminosa que la propia luz. Lo que acabas de ver no existe. Pero ha existido y existirá. Has profanado nuestro lugar sagrado, porque el Mal también es sagrado y se debe santificar. Pero pagarás por ello, aunque a su tiempo. Te esperaré. No te librarás de mí.”

Después, se bajó el capuchón y contemplé su rostro. No tenía ojos, de su frente salían dos enormes cuernos en tirabuzón y su nariz estaba aplastada, similar a la de un gato, como un hocico. Tras ello quise salir de allí lo antes posible. Todavía no sé cómo llegué hasta una zona arbolada anexa al monasterio. Al día siguiente, un agricultor me encontró casi congelado. Cuando le expliqué lo sucedido no se impresionó. Solo espetó: *“Es usted el primero que conozco que sale con vida del monasterio maldito.”*

(*) Los sambenitos de la Inquisición eran los reos condenados a muerte, tratados como diablos.